

Valor fónico de las letras latinas

C, G y U después de Q

P O R

FRANCISCO ESCOBAR GARCÍA

Racionalismo y *Empirismo*: he ahí dos sistemas filosóficos que con movimiento pendular, rebasando el prudente *Realismo*, han trazado la historia de la Filosofía, desde Platón y su polo opuesto Demócrito, hasta Hegel y Fichte y su polo opuesto W. James y Federico Niezchse. En la trayectoria que describe el *empirismo* a lo largo de la Historia aparecen David Hume (1711-1776) y John Stuart Mill (1806-1873) (1) y es a partir de esa fecha cuando el sistema toma proporciones insospechadas, invade el campo de la ciencia, transforma al hombre *humano* en sensualista y pone el supremo valor ético en la utilidad.

Consecuencia inmediata de esa dirección filosófica fué la invasión de las esferas intelectuales por parte de las ciencias de la na-

(1) J. Hessen.—Teoría del conocimiento.



turalidad, arrumbando las ciencias del espíritu hacia el desván de las cosas inútiles: La Teología, la Filosofía, la Metafísica, etc., dejan de ocupar puesto de primacía.

Una nueva Epoca se abre en la Historia de la Cultura.

Coincidiendo con esa *polarización* hacia las ciencias de la naturaleza se da el de la *desviación* respecto de las lenguas clásicas. Hasta el siglo XVIII utilizábase paralelamente en cada país de Europa dos lenguas: una la latina, como vehículo de la alta cultura—la teología, la filosofía, la jurisprudencia—y otra la vernácula, instrumento cotidiano del *homo sociabilis*.

Concretándonos a España observamos que la lengua latina vive al par de la romance en todas las épocas. A parte de la Cultura Visigoda que se desarrolla dentro de un marco totalmente latino, pues en 711 todavía no teníamos lengua romance, escritores de esclarecido linaje como San Isidoro, San Valero, Tajón, San Ildefonso, Alvaro Cordobés, y tantos otros, auténticos representantes de la cultura visigótica, utilizan el latín, y llegan a poseer la clave de sus esencias hasta el extremo de que debemos admirar sus composiciones, algunas de las cuales se acercan mucho a la belleza clásica, como hemos hecho observar en el número 3 de la «Revista de la Universidad de Oviedo», en las notas que titulábamos: «S. Eugenio, tercer arzobispo de este nombre en la silla Toledana».

Asimismo en la Baja y Alta Edad Media, cuando la cultura se abriga en los Claustros de las Catedrales sigue utilizándose el latín: los epitafios, documentos regios, testamentos, etc., sírvense del latín como de única lengua formal. Y si bien Juan Ruíz, Alfonso de Toledo, D. Juan Manuel, Alfonso el Sabio escriben en romance, hablan no obstante también y escriben la lengua del Lacio.

Pedro Mártir, Lucio Marineo y otros preceptistas italianos traen, al surgir el Humanismo, auras de renovación clásica y se pone de moda el latín, no solo en la cátedra, sino también en la vida del gran mundo. Y los mejores artífices de nuestra lengua castellana: Cervantes, Lope, Calderón, Quevedo hablan y escriben el latín, llegando a dar nuestros humanistas Nebrija y Sánchez de Bro-

zas con el secreto encanto de la lengua horaciana en sus poéticas composiciones, pareciéndonos cuando las leemos que el estro de Virgilio pervive en manos de esos famosos humanistas. No queremos abstraernos al placer de reproducir un trozo de la composición del Brocense, que, a modo de prólogo, escribió para la Historia de Juan Vaseo «*Chronicon Hispaniarum Rerum*», composición que bien pudiéramos titular «*Laudes Hispaniae*». Guste el lector un trozo de la misma en su neoclásica pureza:

Phoebus ut aequoreis purus cum surgit ab undis
 Fulgore obscurat sidera clara novo.
 Fertilis Europa Lybiamque Asiamque nitentem
 Sic superat coelo, gente, decore, solo.
 Quam super elucet felix Hispania, quantum
 Inter opes alias aurea lamna micat.
 Nam splendore suo gentes allexit Eoas
 Cum Tyriis, Graecos, Africa Regna, Getas.
 Qui totidem Hispaniae populis decora alta dedere,
 Quot gaudent Annae prata per ampla boves.
 Praebuit hic profugo sedem Salmantica Teucro
 Quae Salaminiaco nomine gaudet adhuc.
 Providus his terris sedem sibi fixit Vlysses
 Qua miscentur aquis hinc Tagus, inde mare. (1)

(1) «A la manera que, cuando se levanta el sol por el oriente del mar, palidecen los astros luminosos de la noche, así eclipsa la abundosa Europa con su esbelto cielo, con sus bizarras gentes, con su amable suelo y con su esplendor magnífico las tostadas tierras de Africa y las iluminadas regiones del Asia. Pero entre todos los pueblos de la vieja Europa se destaca por su esplendor, como la lámina de oro entre los metales, España. Pues ella con sus encantos encendió en el amor de sí al misterioso oriente que la visitó con los Tirios, Penos, Helenos y Moldavos... Haciendo famosas (los legendarios heroes) tantas ciudades de Iberia cuantos son los toros que retozan en las amplias praderas del Guadiana. Fué en Salamanca donde encontró hospitalidad el fundador de Troya, Teucro de Salamina, cuyo apellido lleva la dorada ciudad. Y el fugitivo Ulises vino a morar a estas tierras donde se besan las áureas linfas del Tajo con las aguas saladas del mar...»

.....

Después de Nebrija y del Brocense, son innumerables los tratados filosóficos, teológicos y jurídicos que se imprimen en latín, siendo un verdadero monumento en la Historia del latín en España la «Historia de rebus hispanicis» del P. Mariana, elegantísima y de estilo casi clásico que imita muy de cerca el vigoroso, austero y lacónico de C. Tácito.

Todavía nuestra *Regia Universitas Ovetensis* desgranaba en el pasado siglo y fines del anterior pulcros y atildados discursos en latín, con motivo de Aperturas de Curso, o de alguna fiesta académica, como, por ejemplo, y, por recordar alguno, los de D. Víctor Díaz Ordóñez Escandón (1) y el famosísimo del Beato Diego José de Cádiz, (2) del que haremos, Dios mediante, alguna Nota para esta Revista.

Pero, aparte de estos oasis, *rara avis* en las labores culturales, era una realidad lamentable que la buena estrella del latín se había eclipsado ya, llegando a admitirse como axioma, no menos despectivo que universalmente admitido que el latín era «cosa de curas».

Un renacimiento siglo XX se inició hace algunos años, y los países que se habían alejado de las rutas de su propia civilización han vuelto sobre sus pasos, y hoy se impone ya como una necesidad la de conocer las culturas que fueron base de la nuestra. Gracias a esa corriente hemos visto un cambio profundo en los Cuadros de Estudio de nuestros Institutos y aún de nuestras Universidades.

A aquellos dos mezquinos años (Cursos) de Latín, letra muerta en el Cuadro de Asignaturas, sucedió una reacción vigorosa que vino, por sucesivas etapas, a plasmar en un vasto y racional plan de estudios, (3) vigente ya hoy, una conquista más, sin duda

(1) Pro solemnī studiorum apertione. 1834.

(2) Universidad de Oviedo. 1795.

(3) Bol. O. del Estado. Suplemento al núm. 128.

de la Cruzada Nacional, plan que vuelve decididamente por los fueros injustamente olvidados de la cultura clásica que principia ya a vivir pujante en los centros de enseñanza civil.



Ya se echan de ver los primeros frutos de la vigorosa vitalidad que toma la lengua latina. Dos corrientes, dos juegos de ondas van a cruzarse en el espacio y en el tiempo; una es la cultura latina del Seminario, señera, tranquila al par que profunda y pegada a la tradición. Y otra la cultura nueva del Instituto y de la Universidad, febril, inquieta, afanosa de investigación, refractaria a la novedad novelera, pero abierta a todas las novedades que avala una crítica severa y juiciosa.

Apunta en la actualidad la lucha entre esas dos tendencias en el estudio de la fonética latina. De un lado, representando la gramática tradicional, están los filólogos actuales que siguen las rutas marcadas por una historia de siglos, más o menos conectada con Nebrija, Erasmo, etc.; y del otro el vasto sector de críticos e investigadores que, pasando por alto el *modus scribendi et loquendi* del medioevo, y del Renacimiento, buscan la médula latina en los fragmentos que se conservan de los filólogos—entonces gramáticos—clásicos: Varrón, Nigidio Fígulo, Ateyo Pretestato...



Nos proponemos, en el presente trabajo, poner frente a frente las dos direcciones---tradicional y clásica---en relación con la fonética de las letras latinas *C*, *G* y *U* después de *Q*, en cuya labor hemos de poner toda la imparcialidad y frío desapasionamiento que naturalmente han de fluír de quien conserva sus mejores recuerdos para el Seminario Conciliar, primera y añorada fase de la vida estudiantil, y que pone hoy sus inquietudes y esfuerzos en Centros de cultura civil.

Una observación necesaria y muy luminosa habremos de poner como preliminar a este estudio que ligeramente vamos a deli-

near y es lo que se refiere al doble modo, mejor, a la doble vida que simultáneamente tenía el latín, según que esta lengua se hablase por los patricios o por los plebeyos, resultando la doble manera que hoy llamamos *latín clásico* o *sermo nobilis* y *latín vulgar*, así como también la doble forma de utilizarle el vulgo, según que lo hablase o lo escribiese, pues, si bien al escribirlo, al decir de don Ramón Menéndez Pidal, aun el cantero más rudo se ajustaba cuanto le era posible al *modo clásico*, sin embargo en la vida diaria tenía su léxico y no decía *equus*, sino *caballus*, (1) *perna*, en vez de *crus*. Si esto ocurría con el léxico y con la semántica, habían de darse también diferencias en la fonética, como no podía ser menos, dada la considerable extensión que llegó a ocupar el imperio, donde las distintas capas étnicas al latinizarse por fuerza hubieron de poner en la lengua que aceptaban el sello de la propia, porque el aparato bucal no puede abandonar los sonidos nativos (2) y tomar otros con la facilidad o al modo que se cambia una prenda de vestir.

Y así como hoy se da al latín en Francia un matiz fónico francés, y en Alemania, germánico, y en España, español, así exactamente hubo de suceder al expansionarse el imperio y pasar el latín a ser lengua de pueblos dispares, no solo en lo accidental o accesorio, sino en lo racial; y por eso en Africa tomaría el latín un matiz gutural áspero, al paso que en los países meridionales de

(1) La palabra *caballus* no es auténticamente vulgar, ya que también Horacio la emplea en sus epístolas.

(2) Al nacer no conoce el niño otra lengua que el llanto, el grito... Hacia el tercer mes empieza a jugar con boca y garganta, produciendo variadísimos sonidos de timbre, duración, tono e intensidad... Y prosiguiendo su perpetuo juego, repitiendo una y otra vez la misma suerte de articulaciones entra en el balbuceo franco. La riqueza de sonidos y articulaciones que en estos entretenimientos del balbuceo llega a atesorar el niño, es de tanta importancia que viene a encerrar de algún modo todos los fonemas de todos los idiomas, lo cual se prueba por el hecho de que al terminar este período está el niño en disposición de aprender a pronunciar con entera corrección cualquier lengua». (Hern. García. «Gramática Histórica».)

Europa sonoro y diáfano, mientras que al norte se haría sintético y apofónico.

De esta observación brota la luz necesaria para ver con claridad, porqué hoy existe el problema de la pronunciación latina y la razón de que en cada país sea distinto el valor fonético de ciertos morfemas, pero ello no destruye, sino que confirma la posición clásica, al querer reivindicar la pureza de la lengua, porque, así como del hecho de que en el latín familiar y vulgar se diga:

sanos et salvos,
lueco,
lebantai, etc.,

no se deduce, que no existan formas clásicas correspondientes como:

Incolumes
subito
suscitavi...,

tampoco del hecho de que en España se diga:

Sizilides musæ, paulo maiora canamus.
Non omnes arbusta iuvant, humilesque myrizæ

.....

lam nova progenies zelo demittitur alto

hemos de deducir que las palabras: *sizilides, humilesque, myrizæ, progenies, caelo...* estén bien pronunciadas en cuanto a la C, G y U después de Q.

Entramos, pues, en materia con una obligada ojeada al alfabeto latino, cuyo origen nos interesa en gran modo para enfocar la cuestión rectamente.

EL ALFABETO LATINO

A.—NUMERO DE SUS LETRAS.—Sin que se halle confirmado por el testimonio de otros escritores latinos tenemos el de

César, el cual, según refiere Pompeyo (1) en sus comentarios, dice que las letras primitivas de los romanos fueron once: «Legimus apud maiores nostros---dice Pomp., comm.---primas apud Romanos XI literas fuisse tantummodo, ut dicit Caesar in libro analogiarum primo; in libro analogiarum Caesar hoc dicit XI fuisse».

Sin embargo, los críticos encuentran muy débil la tesis de once letras, apoyándose en el hecho de que solamente sea Pompeyo en los Comm. quien lo afirma, como dicho por César, por cuyo motivo Varrón cree que debe dudarse.

La tesis mejor probada y comunmente admitida es la de Varrón (2) el cual afirma que las letras latinas fueron primeramente XVI, no XXIII. Pero que con el correr del tiempo se añadieron algunas y llegaron a *veintitres*.

«Literae apud maiores nostros non fuerunt XXIII, sed XVI. Postea additae sunt aliae». Ita etiam tractaturus est (Donatus), ut doceat olim XVI literas fuisse, postea ex superfluo additas alias literas et factas XXIII. «Habemus hoc---dice Pom. Len.---in libris ad Accium apud Varrón et cur tot sint et quare eo ordine positae et quare isdem nominibus vocentur.»

Algo parecido dice Sergio explicando a Donato, al afirmar que siendo XXIII las letras latinas, Varrón dice que sólo son XVII: «Literae Latinae quum XXIII sint, Varro XVII dicit esse; caeteras superfluas putat». Discrepa, como vemos, de Pompeyo Leneo que habla de XVI al referirse a Varrón.

Este número de XVI corresponde también al primitivo alfabeto griego, según Prisciano: «Apud antiquissimos Graecorum nom plus sedecim erant literae, quibus ab illis acceptis latini antiquitatem servaverunt perpetuam».

B.—LA LETRA AGMA.---Además de las XXIII letras y después de la introducción de la XXIV de que, como ya hemos dicho, consta el alfabeto latino, admitían los preceptistas una letra

(1) Pompeyo Leneo, liberto de Pompeyo el Grande, el cual, después de la muerte de Pompeyo y de sus hijos, se dedicó a la enseñanza para atender a su sustento.

(2) Marco Terencio Varrón, filósofo y poeta, nació 638-116. Fué amigo de Pompeyo el Grande, a quien dedicó dos libros, además del *είσαγωγικόν* murió nonagenario en 727-27.

más, a la que llamaban *AGMA*, la cual no tenía figura, sino solamente sonido y que no era otra cosa que la nasal que se produce en el encuentro de dos guturales, como las palabras griegas: ἀγγελος, δίφτογγος, Κίρκιος.

Y en latín:

<i>A (g) gelus,</i>	<i>a (g) gulus,</i>
<i>a (g) gens</i>	<i>a (g) gilla,</i>
<i>a (g) gerunt</i>	<i>a (g) ceps</i>
<i>a (g) cora.</i>	

Y así dice Prisciano «Sequente g, vel c, pro ea, (n), g scribunt graeci et quidam tamen vetustissimi auctores Romanorum euphoniae causa bene hoc facientes, ut A (g) chises, a (g) ceps...» Lo mismo afirma Varrón en el libro primero «de Origine Linguae Latinae».

ORIGEN DEL ALFABETO LATINO

San Isidoro de Sevilla dice que las letras latinas fueron introducidas primeramente por la ninfa Carmenta, llamada así porque predecía el futuro con sus cánticos, pero cuyo nombre propio era Nicostrata. (Libro primero de las Etimologías, IV.)

Plinio afirma que el alfabeto es conocido de muy antiguo entre los Asirios: «Semper arbitrator literas fuisse assyriis»; pero hay quien cree que su invención se debe al Egipto, como Gelio, otros que a los Sirios. Según el propio testimonio de Plinio una cosa se ha de admitir como cierta y es que el alfabeto fué traído de Fenicia a Grecia por Cadmo, así como que al número de XVI letras que se importó primeramente fueron añadidos por obra de Palamedes otras IV letras: Z, Y, F, X durante la guerra de Troya y que finalmente, Simonides mélico introdujo otras IV: Ψ, Ξ, Ω, Θ, todas las cuales se usan entre nosotros.—*Quarum omnium vis in nostris recognoscitur.*—(Plin. Nat. Hist., 7, 192).

En la edición Peter (Lipsisiae, 1883) «*Historicorum Romanorum fragmenta*», se dice: «*Repertores litterarum Cadmus ex Phenicia in Graeciam et Evander ad nos transtulerunt a, b, c, d, e, [h], i, k, l,*

m, n, o, p, [q], r, s, t, u, litteras número XVI. Postea quasdam a Palamede et alias a Simonide adiectas implese numerum XXIV... Ex nostris autem Cincius Fabius, et Gellius, tradiderunt, ex quibus Cincius paucis, inquit, conmutatis, ut ad linguam nostram pervenirent. Eas namque Cadmus ex Phoenice in Graeciam, inde ad nos Evander transtulerunt».

Sin que se niegue que el alfabeto latino procede de Grecia inmediatamente y éste de Fenicia, hoy se tiene como teoría corriente y muy lógica la de que el primitivo alfabeto es el semítico, hebreo o árabe, que despues dió base al griego. «C' est l' alpabet semitique ainsi simplifié q' ont pris pour modele los hommes qui ont constitue l' alphabet grec. Le nom, la forme, l' ordre même des lettres le prouvent». (1)

PRONUNCIACION DE LAS LETRAS LATINAS

Sin que se pueda asegurar que los clásicos hayan pronunciado las letras latinas conforme a la vocalización corriente hoy, pues es indudable que cada pueblo imprime un sello propio a las vibraciones vocales, resultando cierto siempre lo que dice Coll y Vehi que «a un castellano algo fino bástale la sóla pronunciación de la e para distinguir un catalán a tiro de piedra», no obstante se viene repitiendo y admitiendo que las letras latinas han de pronunciarse como las correspondientes castellanas.

Echando mano de cualquier gramática Latina encontramos siempre la misma fórmula poco más o menos. Escogiendo, en efecto, entre los distintos textos que tenemos a la mano, leemos: «Todas las letras del alfabeto latino se pronuncian de la misma manera que sus correspondientes del alfabeto castellano menos...» (Siguen las excepciones). (2) «Los sonidos latinos se pronuncian generalmente como en castellano»... (3)

(1) Meillet.—«Traité de Grammaire comparée».—Paris, 1927.

(2) Commelerán.—Madrid, 1924.

(3) Barrigón.—Valladolid, 1923.

Dada la regla general dedícanse inmediatamente los gramáticos a exponer las excepciones observándose inmediatamente profundas discrepancias, las cuales son el motivo del presente estudio.

PRONUNCIACION DE LA C LATINA

En tres grupos podemos distribuir los autores que tratan la tesis presente.

En el primero colocaríamos los filólogos tradicionales que sostienen la teoría de que la C latina tendría dos puntos de articulación: uno velar con las vocales a, o, u; y otro interdental (sonido Z) ante las vocales e, i. Conforme a esta tesis sostenida por Nebriga, Araujo, Raimundo Miguel, Commelerán, etc.):

<i>Calliope</i> <i>Lucos</i> <i>Amicum</i> <i>Camaenae</i>	} } } }	se transcribirían fonéticamente	{ { { {	<i>Kalliope</i> <i>Lukus</i> <i>Amikum</i> <i>Kamaenae</i>
---	------------------	------------------------------------	------------------	---

y las palabras

<i>Voce</i> <i>Celsae</i> <i>Citbara</i> <i>Minaci</i>	} } } }	se transcribirían fonéticamente	{ { { {	<i>Voze</i> <i>Zelsae</i> <i>Minazi</i> <i>Zitbara</i>
---	------------------	------------------------------------	------------------	---

A favor de esta posición está una tradición de siglos.

En el segundo grupo comprendemos a los gramáticos que no dan reglas prácticas, deduciéndose que su opinión es de que la letra latina C se pronuncia como en la lengua vernácula.

El tercer grupo---que llamamos de filólogos clásicos---sostiene que la C latina debe sonar siempre K. Veamos el razonamiento.

Primeramente la C latina es representativa de la χ (*cappa*) griega, la naturaleza de cuyo sonido es fundamentalmente de explosión sorda, (K), como lo son los respectivos Caphs hebreo y árabe. Pues bien; en estas lenguas no se dá el caso de que al encon-

trarse dichas guturales con vocales distintas pierdan su sonido fundamental, sino que delante de todas ellas (a, e, i, o, u,) son siempre oclusivas sordas. Ejemplo: κάλος, κεφαλή, Ζαχώντιος, κακός, πολλάκις; y en hebreo *Kerah, Kirebal Melkym* y en árabe: *Katala, Kila*.

En cuyos ejemplos observamos que en esas lenguas ni siquiera se produce el paso a la sonorización—sonido G—por lo menos en la época histórica de las correspondientes lenguas, fenómeno que se verifica siempre dentro del tipo gutural, y único que tiene explicación fonética admisible, como se verá al tratar la G latina, fenómeno tan conocido en la formación de nuestra lengua romance: *mica*>*miga*, *lucus*>*lugo*, etc., etc. Admitida, pues, la gradación *sorda*>*sonora* en la lengua latina ya que ese hecho explica a nuestro juicio la introducción de la g en la lengua de Lacio, hemos llegado al final del proceso evolutivo de la gutural. Ninguna ley fonética nos autoriza para pensar que dentro de la lengua latina la gutural, C > G, haya podido pasar a consonante interdental, (sonido Z: *hazer, conzedo*). El que eso haya sucedido al desvanecerse la lengua latina y dar lugar a la romance castellana, obedece a otras causas no poco complejas como puede verse en Menéndez Pidal (1) donde entre otros razonamientos dice: «*Pero también se formaron sonidos nuevos que todos los que escribían sabían que eran extraños al latín*, y si quisiéramos sintetizar lo principal en que la fonética de las lenguas romances se desviaba de la latina, señalaríamos dos rasgos: 1.º Formación de diptongos nuevos... 2.º Creación de toda una serie de consonantes palatales ajenas al latín clásico y nacidas por la activa influencia de la yod, ora latina, ora románica.» «Como última complicación de la palatalización romana, aparecen el sonido que modernamente se pronuncia θ (Interdental sorda) y su correspondiente sonora Z, usado en la lengua antigua y hoy perdido. La ortografía alfonsí y nebrixense los escribieron respectivamente, Ç y Z. En el período primitivo se produce una gran des-

(1) R. Menéndez Pidal.—«Orígenes del Español», pág. 51 y 70.

viación del uso latino con la tendencia a escribir Z en todos los casos de C palatalizada por ir ante e, i, o en la combinación tia, tio, etc.,» (1)

Luego antes de toda adulteración en los sonidos, la C con sonido fuerte (gutural sorda) lo era en el nominativo y en los restantes casos; por eso el tema C *duc*—e será, si $C=K$.

Duk- s (x)	duk- es
duk- is	duk- um
duk- i	duk- i- bus
duk- em	duk- es
duk- s (x)	duk- es
duk- e	duk- i- bus

y, por lo mismo, la consonante temática de los verbos guturales en C será explosiva sorda en todos los tiempos, números y personas; por eso

duk- o	fak- i o
duk- is	fak- i s
duk- it	fak- i t
duk- i- mus	fak- i- mus
duk- i- tis	fak- i- tis
duk- unt	fak- i- unt

y por la misma razón

kerte	en	certe
hocke	»	hocce
kikero	»	cicero
kekini	»	cecini

Entre los filólogos modernos que sostienen esta teoría, como autores de máxima excepción citaremos a Meillet y Brugmann. El primero, a propósito de la C, dice:

«Les deux gutuales K et Q furent maintenues avec la valeur que

(1) Subrayamos nosotros.

l'ancien alphabet grec leur attribuait. Pour des raisons mal connues, la C qui representait la guturale sonore (K) servit aussi pour la sourde, *d'abord devant les voyelles e et i, puis, a peu près en toute position*». (1) A su vez Brugmann abundando en la misma teoría dice: (8, 29, VI, 5), C etait, K meme devant les voyelles *i* et *e*, et cela jusque aux environs de la moitié du premiere millenaire de l'ere chrétienne (2).

Las transcripciones griegas de nombres latinos coinciden en reforzar la tesis pues siempre usan *cappa* (κ) por la C latina. Y así en un medallón de bronce, acuñado en Magnesia de Lidia en el cual se representa el busto de Cicerón, se lee alrededor esta inscripción: ΜΑΡΚΟΣ ΤΥΛΛΙΟΣ ΚΙΚΙΡΩΝ.

Donde la voz Cicerón, escrita *Kikeron*, tiene una elocuencia a favor de la tesis gutural de la C que no desdice de la del orador cuyo nombre recuerda la inscripción.

Así mismo veamos cómo los preceptistas transcriben el nombre de Cincio:

Κίγκιος ὁ Ῥωμαῖος σοφιστής φησι τὴν Ἀφροδίτην εἶξ ἀφοῦ τεχθῆναι.

El sofista romano Cincio, dice que Venus nació de la espuma del mar.

Asimismo los testimonios antiguos (que son en realidad los más fidedignos) sostiene la misma teoría.

Mario Víctor. dice: «Nigidius Figulus in commentariis suis, nec K posuit nec q...»

Según el testimonio de Sergio, (3) Varrón consideró superfluas algunas letras del alfabeto, y da la razón Diom.: «Quidam latino sermoni sufficere decem et septem litteras crediderunt, si quidem ex viginti et tribus una aspirationis nota est, *h*, una duplex, *x*, *duae supervacuae*, *k*, et *c*, *duae* graecae, *y* et *z*.

A su vez Prisciano afirma: «Auctoritas tam Varronis quam Ma-

(1) Meillet.—«Traité de Gram. comp.».—Paris, 1927.

(2) Brugm.—«Abregé de Gram. comp.»

(3) «Explan. in Donatum.»

cri, texte Censorino, nec *k* nec *q*, nec... in numerum adhibet litterarum, y da la razón Diom. diciendo: «Quibusdam supervacuae videntur *k* et *q*, quod *c* littera harum locum possit implere».

El mismo Mario Víctor. asegura que Licinio Calvo se distinguía de otros escritores en que... «Littera *c* non est usus».

Nuestro insigne políglota de la España Visigoda, San Isidoro de Sevilla en las «Etymologiae» expresa la misma opinión, al decir «*K* literam Salvius ludiusmagister prius latinis adjecit ut in sono discrimem faceret duarum litterarum *c* et *q*: quae ideo supervacua dicitur, quia exceptis Kalendis, supervacua iudicatur; per *c* enim universa exprimimus». Por donde vemos que la *c* tiene simplemente el valor de *k*, de acuerdo con su primitivo origen, luego la *c* latina tiene valor fonético de *k*, sin que a través de los testimonios referidos haya un ligero rasgo siquiera que distinga dos clases de *c*: una oclusiva gutural y otra interdental (sonido *Z*), sino siempre la primera.

PRONUNCIACION DE LA *G* LATINA

En tres grupos podemos distribuir los autores que tratan esta segunda cuestión.

En el primero colocaríamos los filólogos tradicionales que sostienen la teoría de que la *G*. latina suena suave en las sílabas «*ga*», «*go*», «*gu*» y fuerte en las dos restantes: «*ge*» «*gi*».

En el segundo grupo a los gramáticos que, haciendo caso omiso, no dan regla alguna, deduciéndose que, según ellos, la pronunciación de la *G* se ha de acomodar al estilo patrio.

El tercer grupo, finalmente, es el de aquellos filólogos que, acomodándose a la pronunciación clásica sostiene que la *G* latina es siempre velar suave.

Aparte de los autores Nebrija, Araujo, Raimundo Miguel, Pérez Malumbres, citaremos como representantes del primer grupo entre los modernos autores, a D. Francisco A. Commelerán, el cual en su Gramática, (1) dice: «Todas las letras del alfabeto lati-

(1) Madrid, 1914.

no se pronuncian de la misma manera que sus correspondientes del alfabeto castellano, menos...», sin incluir la G en las excepciones.

Conforme a esta posición, las palabras:

agito continget ambage regi	}	se transcribirían fonéticamente	}	ajito continjet ambaje reji
--------------------------------------	---	------------------------------------	---	--------------------------------------

Dentro del segundo grupo citaremos a Pelletier «Principes de la langue latine» (1) M. Dutrey, «Nouvelle Grammaire de la langue latine» (2) Juan Antonio Menéndez Valdés «Gramáticas de la lengua latina y castellana» (3).

Y, por fin, como representantes de la pronunciación clásica, aparte de los señores Lain García y García de Diego que, después de exponer las dos tesis, no se inclinan por ninguna, contaremos a D. Enrique Barrigón González (4), Suaña y Castellet (5) y a D. Juan Francisco Yela y Utrilla, Catedrático de la Universidad de Barcelona; los cuales sostienen que la G latina es siempre velar suave. Para este grupo, las palabras

agito continget ambage regi	}	se transcribirían fonéticamente	}	aguító continguet ambague regui
--------------------------------------	---	------------------------------------	---	--

Hemos de advertir que este titubeo no es propio exclusivamente de los dos últimos siglos, sino que ya lo hallamos en los primeros tiempos en que el Latín, a impulso de la corriente renacentista vuelve a ocupar puesto de primacía.

Veámoslo, copiando un fragmento del Diálogo acerca de la pronunciación latina escrito por Erasmo, el más famoso humanista del mundo:

(1) París, 1822.

(2) París, 1849.

(3) Madrid, 1791.

(4) Valladolid, 1923.

(5) Madrid, 1876.

—URSUS:---»... *Iam medium [inter K et C] quod est gamma, vel G, latini non semper sodem enuntiant sono.*

---LEO: *Quid sic?*

---URSUS: *Quum dicis vaga, vago, exiguus nonne aliud audis, quam quum dicis vage, vagi.*

---LEO: *Prorsus. Nam in ga et go et gu audio nescio quid crassium ac spirantius.*

---URSUS: *Item aliud audis in lego quam in legis legi, in longas quam in longis.*

---LEO: *Sentio.*

---URSUS: *Huic malo succurrit germanorum pronuntiatio qui sono per omnia simili dicunt: lego, legis, legit (leguis, leguit).*

---LEO: *Video quaemadmodum ex corruptis libris, itidem ex linguis quamlibet vitiatas posse quaedam depravata restitui.*

---URSUS: *Atqui nos Batavi ridemus hic germanos, quasi vitiosum sit quidquid diversum est...» (1)*

Por donde, de las palabras transcritas, vemos que en Alemania la G. tenía siempre el mismo fonetismo *ga, go, gu, gue, qui* mientras que en Holanda era suave en *ga, go, gu* y fuerte en *ge, gi*.

(1) Cfr. De recta latini graecique sermonis pronuntiationi. Dialogus, apud Erasmum.—Lugduni Batavorum, 1703.

—OSO.—«...Ahora bien; la letra media [entre K y C] que es la *gamma*, o *G* no siempre se pronuncia, por los que hablan el latín, de la misma manera.

—LEON.—¿Cómo es eso?

—OSO.—Cuando dices *vaga, vago, exiguus* ¿no observas un sonido distinto al que oyes cuando dices *vage, vagi*?

—LEON.—Ciertamente, pues en *ga, go y gu* noto un no se qué mas aspirado y sonoro.

—OSO.—Asimismo tu oído nota distinción entre *lego y legis, longas y longis*.

—LEON.—Efectivamente.

—OSO.—Este defecto evítanlo los germanos que pronuncian con sonido idéntico *lego, legis, legit* (leguis, leguit).

—LEON.—Veo cómo es posible devolver la pureza primitiva a lo que está adulterado en la libros o en la lenguas.

—OSO.—Pero nosotros, los holandeses, ridiculizamos en nuestro país a los germanos, como si fuese error lo que es diverso (de nuestros modos)...»

Veamos ahora cuales son las razones que abogan por la *g* velar suave en todos los casos.

Es elemental en la flexión griega y en la latina distinguir en la palabra flexible dos elementos muy diferenciados: uno, la raíz, que, convenientemente dispuesta para recibir las desinencias se llama *radical*, y otro, las desinencias. De los dos, el último es esencialmente variable y el primero rígido e inalterable. (1) Conforme a este principio, estos paradigmas

leg-o	leg-s (lex)	leg-es
leg-is	leg-is	leg-um
leg-it	leg-i	leg-ibus
leg-imus	leg-em	leg-es
leg-itis	leg-s (lex)	leg-es
leg-unt	leg-e	leg-ibus

deben leerse de tal manera que no varíe el punto de articulación de la *G*, al variar el caso, o las personas, así como no cambia el de la *P* en este otro ejemplo:

cap-io,	cap-is,	cap-it,
cap-imus,	cap-itis,	cap-iunt.

Luego la *G* deberá leerse en todas las formas como suave, equivalente a la *gamma* griega, o siempre fuerte equivalente a la griega *Ji*.

Ahora bien, la *G* latina no es *Ji* griega, sino lo equivalente a la griega *gamma*, como lo manifiestan tantas y tantas palabras latinas que proceden del griego, en cuyo idioma figuran escritas con *gamma*: *ego*, *ago*, *etymología*, *genesis*, etc.

Y aunque es cierto que también la *gamma* griega al «humanizarse» sufrió un ligero eclipse en su fonetismo, como los atestiguan estas palabras de Erasmo (2):

(1) El contacto de la consonante temática con la primera letra desinencial puede originar cambios que en nada destruyen el principio de la rigidez fundamental del radical.

(2) Erasmo: *Opus citatum*.

»—URSUS: Similiter in graecis aliud audis, quum dicitur: θεολογῶ, θεόλογον, θεόλογα, quam quum: θεόλογε, θεόλογι.

—LEO: Ut nos quidem sonamus...», (1) sin embargo hoy todos la consideran como guttural dulce. Por lo cual la *G* latina es fundamentalmente suave y en consecuencia los paradigmas anteriores han de leerse

leg-o	leg-s- (x)
leg-u-is	leg-u-i
leg-u-it	leg-u-em
etc.	etc.

Por otra parte está demostrado hoy que el primitivo vocabulario latino no tenía el sonido *G* (2), sino que este fonema es producto de la transformación de la oclusiva sorda *C* en sonora, fenómeno fonético con el que estamos tan familiarizados al estudiar nuestra lengua romance: *manica* > *manga*, *Sant Jacob* > *Santiago*, *lai-cu* > *lego*, etc., etc.

Hacia mediados del siglo III (a. de J. C.) se transforma la *C* en *G*, en tiempos de Carvilio Espurio, (o ya con anterioridad), como se deduce de este testimonio de Plutarco, τὸ κ πρὸς τὸ γ συγγένειαν ἔχει παρ' αὐτοῖς [Romanis]. οφεί γάρ ἐχρήσαντο τῷ γάμμα Καρβιλίου Σπορίου προσεξευρόντος.

«La *Kappa* tiene entre los romanos parentesco con la *gamma*. Porque la *gamma* fué utilizada tardiamente, habiéndola inventado Carvilio Espurio.»

(1) —OSO.—Asimismo, al hablar en griego, tu oído percibe distinción de sonido entre las palabras *teólogo*, *teólogos*, *teóloga* y las palabras *teologe* *teologi*.

LEON. Ciertamente así pronunciamos nosotros...»

(2) Vid. L. Cincius Alimentus. (Grammaticae Romanae Fragmenta).—Higinus Funaioli.—Lipsiae, 1907.

Con arreglo a esta tesis, *macister* pasó a ser *magister*, *dicitus*, *dedico*, (gr. Δέικω) a *digitus* e *ic-itus*, a *ig-itus* = *igitur* (vid. Dic. Raim. Miguel). Pero teniendo en cuenta por lo que hemos dicho que *kap* = *gamma* o sea que *C* = *G* tendremos como resultado que

$\left. \begin{array}{l} \textit{magister} \\ \textit{digitus} \\ \textit{igitur} \end{array} \right\}$	se pronunciarían	$\left\{ \begin{array}{l} \textit{maguister} \\ \textit{diguitus} \\ \textit{iguitur} \end{array} \right.$
---	------------------	--

Y, por la misma razón, para no multiplicar los ejemplos:

$\left. \begin{array}{l} \textit{virgine} \\ \textit{regi} \end{array} \right\}$	se pronunciarían	$\left\{ \begin{array}{l} \textit{virguine} \\ \textit{regui} \end{array} \right.$
--	------------------	--

LA U LATINA DESPUES DE Q

En torno a la pronunciación de la U latina después de Q, hubo, hay y habrá acaloradas discusiones, sosteniendo los gramáticos que siguen las rutas tradicionales que la U después de Q no tiene sonido en la lengua latina, de tal modo que *aqua* = *agua*, se leerá en latín *aka*, *equo* = *caballo* sonaría *eko*, etc. Otros filólogos igualmente tradicionales sostienen que la u latina después de q debe pronunciarse en unos casos—cuando va seguida de a o de o y u, pero no en otros—cuando va seguida de e o i.—Conforme a esta posición

$\left. \begin{array}{l} \textit{quantus}, \\ \textit{quolibet}, \\ \textit{aquus}, \end{array} \right\}$	se pronunciarían	$\left\{ \begin{array}{l} \textit{cuantus}, \\ \textit{cuolibet}, \\ \textit{ecuus}, \end{array} \right.$
---	------------------	---

y

$\left. \begin{array}{l} \textit{equinus}, \\ \textit{usque}, \\ \textit{qui}, \end{array} \right\}$	sonarían	$\left\{ \begin{array}{l} \textit{ekinus}, \\ \textit{uske}, \\ \textit{ki}. \end{array} \right.$
--	----------	---

Opuesta a esta tesis tradicional apunta vigorosa la que convenimos en llamar clásica, la cual impone como regla inflexible la de que la u latina después de q ha de pronunciarse siempre.

La tesis tradicional, sobre todo la segunda, tiene a su favor

una *historia* secular y con ella la opinión de muchos y respetables filólogos, todos los que enumerábamos como tradicionales al hacer el estudio de la *q* latina, si exceptuamos a Nebrija, que se ha de exceptuar por lo que enseguida diremos. Asimismo y a favor de la tesis tradicional se pronunció el Dr. D. Ramiro Argüelles—mi distinguido maestro en el Seminario de Oviedo—el cual obtuvo éxitos de simpatía entre el Clero español, al publicar su obra ¿«Debe pronunciarse la *u*, inmediata a la *q*, en palabras latinas»? y en la cual con detenido y concienzudo estudio ha pretendido probar que la *u* después de *q* no debe sonar.

En contra, sin embargo, de esa corriente de opinión es hoy arrolladora otra corriente, la clásica, que sostiene el valor fonético de la *u* después de *q* en todas las posiciones, de donde se deduce que las palabras:

reliquiae,	}	deben pronunciarse:	{	relikuiae,
iniquorum,				inikuorum
questu,				kuestu,
quod,				kuod,
equa,				ekua,

Ensayemos el orden de las pruebas.

Hay una negativa, pero de positivo valor. Es la que debilita toda la fuerza en que se apoya la tesis tradicional, puesto que esta posición, cuya fuente y principio ha sido—dicen—nuestro gran humanista Antonio Nebrixense, (1) es posición débil en extremo, pues Nebrija no ha sostenido que la *u* después de *q*, carece de valor fónico, sinó de cantidad. Nebrija no ha dicho que la *u* después de *q* se *elimina*, sinó que se *liquida*. Ahora bien, liquidarse una vocal no quiere decir que ella pierda su sonido, sino solamente la

(1) Es más conocido así, que por sus apellidos: Martínez de Cala y Jaraba.

cantidad, lo cual se desprende claramente de las palabras del insigne maestro que copiamos textualmente:

«Que después de *q*, siempre se sigue *u*, y siempre es líquida; v. gr.: *quare*, *quia*. Hacerse una letra (sea vocal o consonante) líquida, es perder el valor y fuerza de letra en orden a la cantidad de las sílabas, aunque algunas veces conserve el sonido...»

«Que la *u* después de *s*, y de *q*, unas veces es líquida, y otras no. Después de *s* es líquida en los nombres cuyo nominativo principia por *sua*, *sue*, y en los verbos cuando esta iniciación aparece en el presente»...

En *suavis*, *Suetonius*, *suadeo*, *suesco*, etc., se liquida la *u*, pero no pierde su sonido, según acabamos de comprobar por Nebrija, sinó solamente la cantidad. Por eso, según la mente del insigne humanista, una cosa es liquidarse una vocal y otro que ella pierda el sonido.

Por otra parte, podemos asegurar que algunas veces los escritores latinos, aparte de conservar el sonido, han dotado de cantidad a la *u* después de *q*, como lo revelan estos dos versos con los que al azar hemos topado:

«Tunc de reliquis una: «merito plectimur»... (1)

que es un senario, o trímetro jámico, que hemos de medir:

— — ' " " " ' " " " ' " "

(1) Fed.—Fáb. «Milvum et Columba.»

donde aparece la palabra *reliquis* con cuatro sílabas, o sea, que la *u* que sigue a *q* tiene cantidad.

En el siguiente hexámetro de Lucrecio:

«Obliquo terras et coelum lumine lustrans» (1)

la palabra *obliquo*, siguiendo a D. F. Commelerán que atribuye a la *i* cantidad breve, resulta tatrásílaba.

Por cuya razón, el verso quedaría medido en la siguiente forma:

Obliquo—o ter—ras et caelum lumine lustrans

' ' ' ' ' '
— u u — — — — — — — — — — — — — — — —

Asimismo encontramos en la métrica de Plauto una confirmación de la tesis que se viene exponiendo, pues el célebre cómico latino utiliza siempre la palabra *reliquos* como tetrasílaba, lo cual quiere decir, que la *u* que sigue a la *q* tiene no solo valor 'fónico sino también valor cuantitativo.

He aquí algunos ejemplos que confirman lo que venimos diciendo:

«Accipite reliquom; alieno uti nihil moror.»

es un verso que ha de distribuirse en seis pies de ritmo jámbico el tenor siguiente:

(1) Lucrec.--«De Rerum natura». Libro V; v. 691.

Accipi-tē reli-qū ali-en u-ti nihil moror (1)

con el siguiente esquema:

— ' — " — ' — " — ' — " — ' — "

Lo mismo, este verso:

«Non omnino etiam perii; est reliquom quo peream magis». (2)

hemos de distribuirlo en esta forma:

Non om-nin̄-eti-amperi-i est reliqu-omquo peream magis

con el siguiente esquema:

— ' — " — ' — " — ' — " — ' — "

Dos dificultades ocurren en este punto. Primera: ¿Cómo se explica el hecho de que los autores netamente clásicos: Horacio, Virgilio, Ovidio... no den cantidad a la *u* después de *q*? ¿No revela esto un tratamiento opuesto, al parecer, a la tesis del valor fónico de la *u*?

La contestación que se da a esta aparente dificultad viene expuesta ya en la distinción que hacíamos arriba entre *liquidación* y *eliminación*. De tal manera que aquí se contestaría diciendo que la *u* después de *q* en los clásicos citados se liquida, no se elimina, lo cual

(1) Plauto.—«Captivi».

(2) Plauto.—«Asinaria».

quiere decir, según Nebrija, que la *u* de referencia pierde la cantidad, pero no el sonido. Acordémonos de que *suavis, suadeo* llevan una *u* sin cantidad, es decir, líquida, pero no sin sonido.

La segunda dificultad es ésta: ¿no perderá elegancia el ritmo en los versos que lleven pies con *u* después de *q*?

En otros términos; siendo, por hipótesis, perfecto el pie *y*, por lo mismo, el verso en los casos en que hay *u* después de *q* sin que ésta cuente ¿no se destruirá la armonía rítmica si a lo perfecto se le endosa algún elemento más? ¿No resultará más gracil este verso.

«*Iam quoque, vix credes, ignotas mutor in artes*» (1)
pronunciado:

Iam Koke, vix credes ignotas mutor ni artes

que pronunciado.

Iam Kuokue, vix credes ignotas mutor ni artes?

Esta dificultad es en apariencia de gran peso, la única dificultad propiamente dicha. Ella es la que, expuesta magistralmente por el Doctor Argüelles, llevó en pos de sí muchas opiniones; la única, en una palabra, que se debe tomar en consideración en un trabajo propiamente científico.

No obstante, esta dificultad desaparece, si consideramos dos puntos:

1.º Hay otros casos análogos en que se prolonga un pie más de lo que el canon matemático de la métrica admitiría aparente-

(1) Heroidas.—Phaedra-Hyopolito.

mente y, sin embargo, se ha admitido esa prolongación como netamente clásica. Me refiero a los casos en que en un pié métrico entran los diptongos *eu*, *au*. Veámoslo prácticamente:

En este verso horaciano:

«Seu libra, seu me Scorpius aspicit.»

— | — — | — — | — u u | — u u

apreciamos en la anacrusis *seu* una duración mas prolongada que en la anacrusis del siguiente:

u | trumque | nostrum in | credibi | limo | do

— | — — | — — | — u u | — u | u

donde la sílaba *u*, evidentemente representa menos duración que el diptongo *seu*. Pudiendo decir otro tanto de la primera sílaba del segundo pié en el primer alcaico, respecto de la correspondiente del segundo, deduciremos que la prolongación o condensación no altera al ritmo de la métrica latina. Si la alterase cualquiera de los dos procedimientos, Plauto quedaría fuera de las leyes de la métrica. Pero la teoría de pies *condensados* y *prolongados* explica las aparentes anomalías.

2.º Por otra parte la naturaleza de la *u* latina que sigue a *q* no es, aunque lo parezca, una vocal normal; sino que (aparte de que por su naturaleza unas veces es vocal y otras semi-consonante), siguiendo a *q* tiene la naturaleza de apéndice labio-velar, o sea, que ella y la *q* forman un solo fonema *qʷ*, que principiando hacia el velo del paladar—como si fuéramos a pronunciar la gutural

oclusiva sorda—termina por un redondeamiento de los labios que le hace tomar el tinte de labial, algo así, como si la palabra *equo* sonase *ekvo*, pero con la particularidad, que la sílaba anterior no queda en posición, lo cual quiere decir que $q+u=Kv$, son una sola consonante. Veamos cómo lo explica Meillet en la obra ya citada.

«Des l' époque indo-européenne, les labio-velaires ne se conservaient telles que dans un groupe dialectal, représenté par le germanique, l'italique, le celtique et le grec—isoglosa de las guturales.—Elles consistaient en une articulation guturale pourvue d' un appendice labio-velaire; celui-ci n' était, pas une consonne autonome, et par suite l' ensemble ne valait q' une consonne simple, *kw*, *qw*, qui ne faisait pas position. En latin *qu* ne compte que par une consonne». (Meillet.—Gram. Comparée.)

Confirmamos esta teoría con las siguientes palabras de Niedermann: (1)

«No se vaya creer que *gw* y *qw* que en la ortografía corriente se escriben *gu* y *qu*, eran *grupos* de consonantes. No eran combinaciones de oclusiva gutural con la semivocal *v*, sino oclusivas guturales con un apéndice labial pronunciado mucho más suavemente que la semivocal *v*. Por eso *qu* no alarga una sílaba «por posición», como lo haría si representase la unión de dos consonantes distintas; cf. Virgilio, Eneida, II, 15:»

instar montis *equom* divina Palladis arte.

— | — | — u | — — | — — | — u u | — —

Por otra parte es frecuente encontrar en lo latino estas formas:

(1) Niedermann.—Traduc. por Rufo Mendizábal, S. J.

locutus, secutus, en vez de *loquutus, sequutus*. El hecho tiene una diáfana explicación después de haber visto que la *c* tiene valor de *k* para todos los casos, resultando la *k* y la *q* supérfluas. Observemos sin, embargo, que al venir la substitución no desaparece la *q* solamente, para dar lugar a la *c*, sino que también desaparece la *u* que sigue a la *q*, pues vemos que en

loquutus > locutus
sequutus > secutus

el fonema *c* ha substituído a *q+u*, lo que no sería posible si *q+u* no fuesen un fonema único, de naturaleza labio-velar, como decíamos. Por donde se deduce que la *u* es, después de *q*, un elemento indispensable y de la misma naturaleza siempre, ya sean las vocales *a, o, u*, las fonemas que siguen, ya *e, i*. Luego la *u* después de *q* deberá sonar siempre tanto cuando va seguido de un grupo de vocales, como de otro.

Es decir que, según la teoría clásica la pronunciación de estas palabras:

terrorque, qui, equinus, locusque,	}	sería	{	terrorc <u>e</u> cui ec <u>u</u> inus locusc <u>e</u>
---	---	-------	---	--

Hemos apuntado arriba a un hecho que tiene relación con esta materia. Apoyándonos en el testimonio de Varrón, Nigidio Figulo, Mario Victorino, etc., (1) observamos que la letra *k* y *q*, se consi-

(1) «El punto de articulación de las oclusivas gaturales no es uno mismo. La lengua toca al paladar más o menos atrás según el timbre de la vocal siguiente. Ante *i, e* se articula una prepalatal; ante *a*, una mediopalatal; ante *o, u* una pospalatal o velar. A estas tres articulaciones correspondía en latín arcaico el empleo de los signos *c, k, q*. En efecto, parece que al principio la ortografía normal era *c* ante *i, e* (*civis, cena*), *k* ante *a* (*kaput, karne*), *q* ante *o, u* (*qomes, qura*). Pero, poco a poco, se generalizó el uso de la *c*, la *k* desapareció dejando sólo raras huellas en algunas abreviaturas (*K=Kaeso* (nombre propio); *K o KAL=calendae*; *KA=capitalis*; *KK=castrorum...*), y la *q* se reservó para la combinación *qu*, grafía de la gutural sorda labializada de palabras como *qui, quae, quod*». «Compendio de Fonética histórica Latina», por Max Niedermann. Traduc. de Rufo Mendizábal. S. J.

deraban en la época clásica, como supérfluas, ya que la *c* era suficiente para expresar todos los sonidos guturales oclusivos. «Per *c* enim, dice San Isidoro, univera exprimimus».

Pero después de *c* la *u* siempre tiene sonido:

locutus, cuicue, cuantus, cualitas, cuies,

luego lo mismo ha de decirse si a la *q* sustituye a la *c*. En este caso tendríamos

loquutus, quantus, quiue, qualitas, quies.

Por otra parte: ¿Cómo explicaríamos la voz castellana *agua* si no hubiese sonado la *u* de la voz latina *agua*? Y lo mismo *yequa* sin *equa*? Y *consecuente* sin *consequente*? Y *frecuente* sin *frequente*?

Y si se dijera que algunas de estas voces: *consecuente, frecuente,* no son populares, sino cultas, esto es, que no pasaron por toda la gama de modificaciones que el tránsito de latín al castellano exige, contestaríamos que todavía el argumento a favor de la *u* tendría más fuerza, pues supondría de plano la pronunciación de la misma después de *q* en la época latina, que es lo que pretende demostrar la tesis que llamamos clásica, y que actualmente exponemos.



Por lo que llevamos dicho hasta aquí se desprende que la pronunciación tradicional tiene en contra suya muchos reparos que no pueden dejar de tenerse en cuenta y que comprometen seriamente todo el montaje fonético. Y si a esos reparos añadimos el hecho constatable a diario de que cada nación habla el latín al estilo patrio y que todas pretenden ser el canon de la recta pronunciación, cuando en realidad lo que resulta es que no hay modo de entenderse cuando se habla el latín de varias nacionalidades, aparecerá más claro que la tesis tradicional pierde, cada día más, su estabilidad.

No obstante, y aún suponiendo que la pronunciación al modo

patrio sea defectuosa, ¿hay razones suficientes para admitir que la que llamamos *clásica* es la verdadera pronunciación de los latinos?)

¿Confirma al uso de los latinos lo que el estudio científico de la lengua ha sentado? En resumen: ¿Podemos nosotros saber como pronunciaban los latinos?

Indudablemente, por lo menos en lo que se refiere a los sonidos más discutidos.

Así: Quintiliano dice: «¡Cosa curiosa, nosotros, Latinos, no poseemos el sonido que responde a la *ipsilon* griega!» Viceversa, Mario Victorino dice: «Es cosa singular que los griegos no puedan trasladar nuestra *u* latina, sin añadirle un *omicrón*».

Apio Claudio desterró el sonido *z* porque se parece al que emite, al cerrarse, la boca de un cadáver.

Plutarco que tuvo por fuerza que transcribir muchas palabras latinas, dió a la *c* latina el valor de *k* y trascibió las palabras:

Principia	} por {	Prinkipia
Centuriones		Kenturiones
Cicero		Kikero

Y no puso *Sisero* como los franceses, ni *Tsitsero*, como los alemanes, ni *Tchitchero*, como los italianos, ni *Zizero*, como hacen los españoles.

San Agustín predicaba un día sobre la caridad. Homines, homines, dice: pero de pronto se detiene porque ha pronunciado defectuosamente. No había aspirada la *h*. «Tanto importa, continúa; prefiero—prosiguió—amar mucho a los hombres, aunque pronuncie mal la palabra, antes que no tener caridad cristiana y hablar como un pedante».

La *v* no es labial. Craso oyó en Brindis, cuando iba a dirigir la campaña contra los Partos: *cauneas*: «hijos de Cauno» y él entendió «cave, ne eas»: «No emprendas ese viaje», como si fuese un hado que presagiaba su derrota.

Virgilio, después de describir un naufragio, dice: «*silici scintillam excudit Achates*». Pronunciando: *siliki skintillam exkudit Akates* se consigue la reproducción del chasquido que se produce al contacto del eslabón con el padernal, que era lo que indudablemente pretendía Virgilio. Se haría traición al poeta si se pronunciase *silizi szintillam*. etc.

El nombre *cicirrus*=gallo, es, sin duda. onomotopéyico, deducido del canto del gallo *Kikiri*. Por lo cual sería incorrecto pronunciar *zizirrus* y no *Kikirrus*. (1)



Por los datos que quedan expuestos se observa que los latinos hablaban de conformidad con las conclusiones que de los estudios filológicos se deducen. Lo cual quiere decir que la cuestión acerca de la pronunciación latina ha de enfocarse, no ya en el sentido de que debe sostenerse la pronunciación nacional, porque se ignore la verdadera pronunciación clásica, sino en otro más o menos sensato, pero no opuesto a los conocimientos rigurosamente investigados.

Hoy, por tanto, se podría plantear el problema en esta forma:

¿Se debe seguir la pronunciación nacional, no obstante saber que ella ha olvidado muchos sonidos latinos?

Los inconvenientes de la solución afirmativa no son de trascendencia capital.

El latín, en efecto, es una lengua que nos interesa no como fuerza dinámica, sino como fuerza estática, ella ya no crea, ella conserva; ella es un vasto depósito donde podemos tomar ideas, máximas, orientaciones, elementos estéticos, filosóficos, históricos, religiosos; donde estudiamos una cultura, una edad del género humano, en ella encuentra el orador los cánones del arte del bien decir; el estratega, el político, el historiador, hallan en ella la fórmula-solución, los elementos que conducen a los peculiares fines de cada uno.

(1) Jules Marouzeau. «Comment prononçaient les Latins.»

Y cualquiera adivina que para lograr esos objetivos no es preciso ajustarse con rigidez a las leyes de pronunciación.

Nada influyen las reglas de pronunciación para poder admirar cómo en este epitafio el encanto corre parejas con la sobriedad:

Adolescens, tametsi properas, te hoc saxum rogat
 Ut sese aspicias, deinde quod scriptum est legas;
 Hic sunt poetae Pacuvii Marci sita
 Ossa. Hoc volebam, nescius ne esses. Vale.

«Joven, aunque vayas con prisa, esta losa funeraria te suplica que la mires, y que leas seguidamente lo que hay escrito en ella. Aquí están los restos de Marco Pacuvio. Solamente quería que no ignorases esto. Adios.»

Tampoco interesan las leyes fonéticas cuanto tratamos de captar las bellezas que nos brinda el poeta de Mantua en sus inmortales composiciones, como, por ejemplo, en este verso:

«Ibant obscuri, sola sub nocte, per umbras.»

«Caminaban silenciosos a través de las sombras de una noche oscura», donde, como se puede apreciar, las metáforas y las imágenes se conjugan con exquisita delicadeza.

Pudiendo decir lo mismo de éste, como de tantos otros pasajes de Horacio:

«Otium divos rogat in patenti
 Prensus Ægeo, simul atra nubes
 Condidit lunam, neque certa fulgent
 Sidera nautis»

«Calma pide a los dioses el marino sorprendido por la tempestad en medio del mar Egeo, al mismo tiempo que nubes negras occultan la luna, y dejan de brillar las estrellas, seguros conductores de la noche.»

Y si del orden estético pasamos al práctico, tampoco influye la pronunciación en la utilidad que nos prestan los textos latinos: exactamente igual nos sirve la esbelta prosa de Eutropio, o la severa y militar de César, o la lacónica y vigorosa de Tácito, cuando queramos investigar en el campo de la historia; igualmente admiramos los procedimientos de la oratoria en Cicerón o en Quintiliano, aunque la teoría fonética sea dispar.

En este orden de cosas, solamente la onomatopeya que no raramente cultivan los escritores, principalmente los poetas, saldría perjudicada.

Hecha, pues, la salvedad de la *relativa* importancia de la recta pronunciación, podríamos, no obstante, aspirar a algo definitivo, que resolviese dos situaciones difíciles: una, la que se crearía cuando hablásemos el latín con personas de nacionalidad extraña, las cuales probablemente no nos entenderían, ni nosotros a ellas, y otra la que se plantearía en nuestra patria en donde, por existir la doble pronunciación de que hemos hablado han de darse abundantes ocasiones,—con motivo principalmente de actos públicos, como aperturas de Curso, Fiestas literarias, etc.,—en que un sector entenderá y aplaudirá la pronunciación, mientras que otro sector sonreirá, acaso, maliciosamente.

Por esas razones, y por ser, además, la lengua latina la más indicada, la única—añadiríamos—indicada para ser lengua universal, puesto que la civilización occidental descansa sobre ella como base, la única, repetiríamos, con títulos suficientes para llegar a ser el vehículo de la cultura, como ya en siglos pretéritos lo ha sido, y



